

A finales del siglo anterior al pasado, en la plaza del mercado de la ciudad de Baltese, había un chico con un sombrero en la cabeza y una moneda en la mano. El chico se llamaba Peter Augustus Duchene y la moneda que llevaba no era suya, sino que pertenecía a su tutor, un viejo soldado llamado Vilna Lutz, que lo había mandado al mercado a por pescado y pan.

Aquel día en la plaza del mercado, entre las paradas corrientes y molientes de los pescaderos, los vendedores de telas y los panaderos y orfebres, había aparecido, sin aviso ni fanfarria, la tienda roja de una adivina. Pegada a la tienda de la adivina había una hoja de papel, y escritas en la hoja con una letra menuda y apretada, pero

sin demostrar vergüenza alguna, se leían las siguientes palabras:

Las más profundas y complejas cuestiones que la mente o el corazón humano puedan plantearse hallarán respuesta aquí dentro por el precio de un flarit.

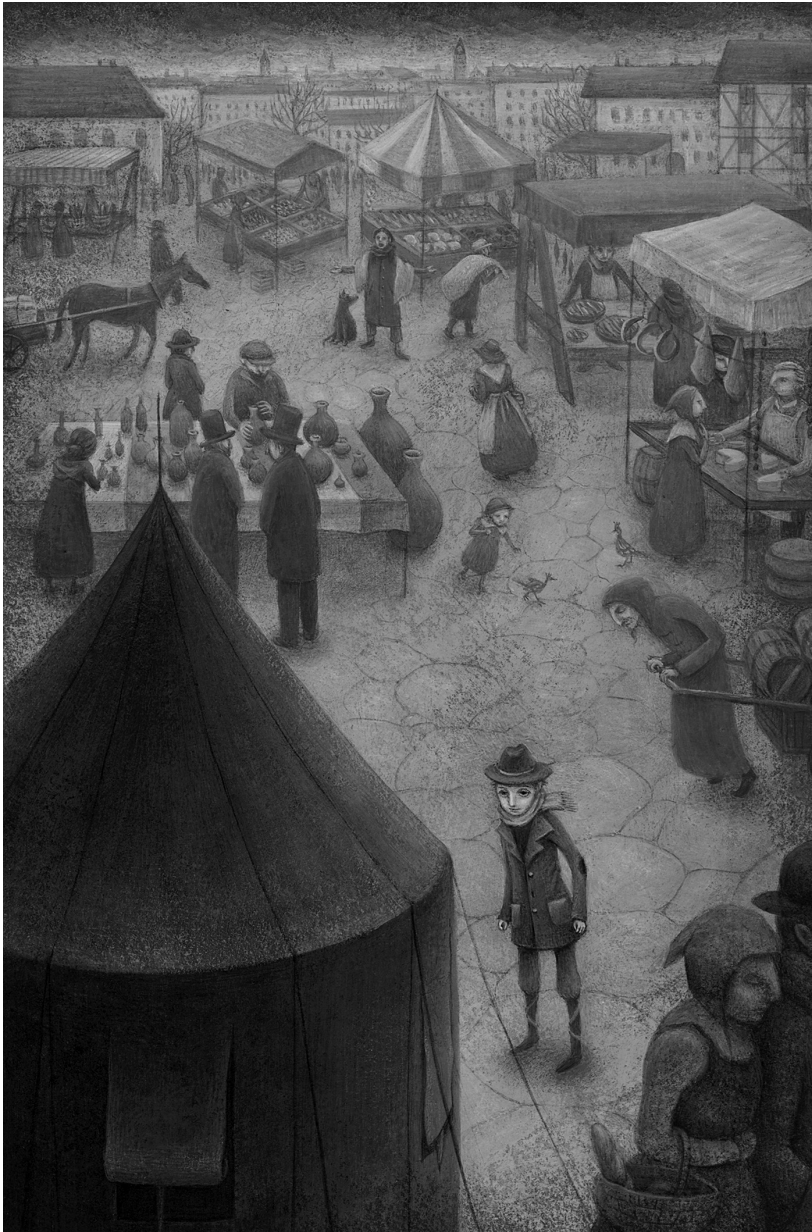
Peter leyó el cartelillo una vez, y luego otra. El arrojó de aquellas palabras, su promesa vertiginosa, hizo que, de repente, le costara respirar. Bajó los ojos hacia la moneda, aquel único flarit, que tenía en la palma de la mano.

—Pero no puedo hacerlo —se dijo—. De verdad que no, pues si lo hago Vilna Lutz querrá saber adónde ha ido el dinero y tendré que mentirle, y mentir es algo indigno.

Se guardó la moneda en el bolsillo. Se quitó el sombrero de soldado de la cabeza y luego volvió a ponérselo. Se alejó del cartel y volvió a acercarse a él de nuevo y allí se quedó plantado, dándoles vueltas, de nuevo, a aquellas palabras terribles y maravillosas al mismo tiempo.

—Pero tengo que saberlo —dijo al final, y se sacó el flarit del bolsillo—. Quiero saber la verdad. Así que lo haré, pero no mentiré y así no seré indigno.

Y con esas palabras Peter entró en la tienda y le entregó la moneda a la adivina que, sin tan siquiera mirarlo, le dijo:



—Con un flarit puedes comprar una respuesta y sólo una. ¿Lo has entendido?

—Sí —respondió Peter.

El chico estaba de pie en medio del pequeño haz de luz que, mortecina, se deslizaba a través de la abertura de la tienda. Dejó que la adivina le tomara la mano. La examinó detenidamente, moviendo los ojos primero de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda, como si en ella hubiera grabadas un montón de palabras minúsculas, un libro entero sobre Peter Augustus Duchene escrito en la palma de su mano.

—Ajá —dijo, por fin. Soltó la mano del chico y lo miró con los ojos entornados—. Pero claro, no eres más que un niño.

—Tengo diez años —dijo Peter. Se quitó el sombrero y se puso tan derecho como pudo—. Y me estoy preparando para ser un soldado valiente y leal. Pero mi edad no importa. Usted ha cogido el flarit y ahora debe darme mi respuesta.

—¿Un soldado valiente y leal? —dijo la adivina. Se echó a reír y escupió en el suelo—. Muy bien, soldado valiente y leal, si tú lo dices, eso será. Hazme tu pregunta.

Peter sintió una pequeña punzada de miedo. ¿Y si, después de tanto tiempo, era incapaz de soportar la verdad? ¿Y si en realidad no quería saberla?

—Habla —le instó la adivina—. Pregúntame.

—Mis padres —dijo Peter.

—¿Es ésa tu pregunta? —quiso saber la adivina—.
Están muertos.

A Peter le temblaban las manos.

—Ésa no es mi pregunta —respondió—. Eso ya lo sé. Debe decirme algo que no sepa. Debe hablarme de otro... Debe hablarme de...

La adivina entornó los ojos de nuevo.

—Ah —dijo—. ¿Ella? ¿Tu hermana? ¿Es ésa tu pregunta? Pues muy bien. Está viva.

A Peter el corazón le dio un vuelco al escuchar aquellas palabras. «Está viva. ¡Está viva!»

—No, por favor —comentó Peter. Cerró los ojos. Se concentró—. Si está viva, debo encontrarla. Así pues, mi pregunta es la siguiente: ¿qué camino debo tomar para llegar hasta ella?

Mantuvo los ojos cerrados y esperó.

—La elefanta —contestó la adivina.

—¿Cómo? —se extrañó Peter. Abrió los ojos, convencido de que lo había entendido mal.

—Tienes que seguir a la elefanta —repitió la adivina—. Ella te llevará hasta allí.

El corazón de Peter, que se había puesto a latir como loco, recuperó su ritmo normal. El chico se puso el sombrero.

—Se ríe de mí —dijo—. Aquí no hay elefantes.

—Como tú digas —le dijo la adivina—. Sin duda es verdad, al menos por ahora, pero quizá no te has dado cuenta de que la verdad cambia sin cesar. —Le guiñó un ojo—. Espera un poco —le pidió—, y lo verás.

Peter salió de la tienda. El cielo estaba gris, cargado de nubes, pero la gente hablaba y reía por doquier. Los vendedores gritaban y los niños lloraban, y un mendigo, junto al que había un perro negro, se había colocado en medio de todo aquello y se había puesto a cantar una canción sobre las tinieblas.

No había ni rastro de un solo elefante.

Sin embargo, el corazón tozudo de Peter no se daba por vencido y latía siguiendo el ritmo de aquellas dos palabras imposibles, una y otra vez: «Está viva, está viva, está viva».

¿Era posible?

No, no lo era, pues eso significaría que Vilna Lutz le había mentado, y mentir no era cosa digna de un soldado, de un oficial superior. Seguro que Vilna Lutz no mentaba. Seguro que no.

¿Lo haría?

—Es invierno —cantaba el mendigo—. Está oscuro y hace frío, las cosas no son lo que parecen y la verdad cambia sin cesar.

—No sé lo que es la verdad —dijo Peter—, pero sí sé que debo confesar. Debo decirle a Vilna Lutz lo que acabo de hacer.

El chico enderezó los hombros, se colocó bien el sombrero e inició el largo camino de regreso a los Apartamentos Poloneses.

Mientras andaba, la tarde de invierno dio paso al crepúsculo, la luz grisácea se tornó oscuridad y Peter pensó: «La adivina miente; no, Vilna Lutz miente; no, quien miente es la adivina; no, no, es Vilna Lutz...». Y así una y otra vez, durante todo el viaje.

Y cuando llegó a los Apartamentos Poloneses subió la escalera hacia el desván muy despacio, procurando colocar un pie junto al otro, pensando tras subir un nuevo escalón: «Miente él, miente ella, miente él, miente ella».

El viejo soldado lo esperaba, sentado en una silla junto a la ventana, con una sola vela encendida, los papeles de un plan de batalla en el regazo y su sombra reflejada en la pared que había detrás de él.

—Llegas tarde, soldado Duchene —le dijo Vilna Lutz—. Y vienes con las manos vacías.

—Señor —respondió Peter, que se quitó el sombrero—. No traigo ni pan ni pescado. Le di el dinero a una adivina.

—¿Una adivina? — preguntó Vilna Lutz—. ¡Una adivina! —Y con el pie izquierdo, el de madera, se puso a golpetear las tablas del suelo—. ¿Una adivina? Explícate.

Peter no dijo nada.

«Trap, trap, trap —hacía el pie de madera de Vilna Lutz—, trap, trap, trap.»

—Estoy esperando —insistió—. Soldado Duchene, estoy esperando tu explicación.

—Es sólo que tengo mis dudas, señor —comentó Peter—, aunque sé que no debería dudar...

—¡Dudas! ¿Dudas? Explícate.

—Señor, no puedo explicarme. Lo he intentado durante el camino de regreso, pero no hay explicación lo suficientemente buena.

—Muy bien, pues —dijo Vilna Lutz—. En ese caso deja que sea yo quien te dé una explicación. Te has gastado un dinero que no te pertenecía. Lo has gastado en una tontería. Has actuado de forma indigna. Recibirás tu castigo. Te irás a tu cuarto sin cenar.

—Señor, sí, señor —dijo Peter, pero no se movió, clavado en el suelo delante de Vilna Lutz y con el sombrero en las manos.

—¿Quieres añadir algo más?

—No. Sí.

—Por favor, ¿en qué quedamos? ¿No? ¿O sí?

—Señor, ¿ha mentido alguna vez? —le preguntó Peter.

—¿Yo?

—Sí —dijo Peter—. Usted, señor.

Vilna Lutz se irguió en la silla. Levantó una mano y se mesó la barba, resiguiendo el contorno, asegurándose de que los pelos estaban dispuestos de forma que describieran un bonito perfil, digno de un militar. Por fin respondió:

—Tú, que te gastas el dinero que no te pertenece, tú, que gastas el dinero de otros en tonterías, ¿tú vienes ahora a hablarme de quién miente?

—Lo siento, señor —se excusó Peter.

—Estoy seguro de que sí —comentó Vilna Lutz—. Puedes retirarte.

Lutz cogió sus papeles. Acercó el plan de batalla a la luz de la vela y dijo para sí:

—Así, y así debe ser y luego... así.

Aquella misma noche, algo más tarde, cuando la vela se hubo apagado y la habitación estuvo a oscuras y el viejo soldado roncaba en su cama, Peter Augustus Duchene pensó tendido en el jergón que había en el suelo y mirando al techo:

«Él miente, ella miente, él miente, ella miente.

»Alguien miente, pero no sé quién.

»Si miente ella, con su cháchara ridícula sobre elefantes, entonces yo, como bien ha dicho Vilna Lutz, soy un necio, un necio que cree que aparecerá una elefanta y me llevará hasta una hermana que murió.

»Sin embargo, si miente él, entonces mi hermana está viva.»

El corazón le latía con fuerza.

«Si él miente, entonces Adele vive.»

—Espero que mienta —deseó Peter en voz alta a la oscuridad; su corazón, asustado ante semejante traición, sorprendido al oír en voz alta aquel sentimiento tan indigno de un soldado, se puso a latir con más fuerza.

No lejos de los Apartamentos Poloneses, más allá de los tejados y a través de la oscuridad de la noche invernal, se alzaba la Ópera Bliffendorf. Aquella noche, sobre el escenario, un mago de edad avanzada cuya fama comenzaba a venir a menos hizo el truco de magia más sorprendente de toda su carrera.

Su intención era hacer aparecer un ramo de lirios, pero en lugar de eso al mago le salió una elefanta.

La elefanta cayó a través del techo de la ópera entre una lluvia de polvo de yeso y pizarra del tejado y aterri-

zó en el regazo de una dama de la aristocracia, una tal Madam Bettine LaVaughn, a quien el mago había querido obsequiar con el ramo de flores.

La elefanta aplastó las piernas de Madam LaVaughn. A partir de entonces, la dama quedó confinada a una silla de ruedas y, en mitad de conversaciones que nada tenían que ver con elefantes ni con tejados, adoptó la costumbre de exclamar a menudo, con voz de sorpresa:

—Quizá usted no lo entiende. ¡Me dejó inválida una elefanta! ¡Me dejó inválida una elefanta que cayó desde el techo!

En cuanto al mago, se le encarceló de inmediato siguiendo las órdenes de Madam LaVaughn.

La elefanta también terminó encarcelada.

Se la encerró en un establo. En la pata izquierda le pusieron una cadena que, a su vez, estaba unida a una barra de hierro que se había clavado con fuerza en el suelo de tierra.

Al principio la elefanta sintió una cosa, una sola cosa: mareo. Si giraba la cabeza a la derecha o a la izquierda demasiado de prisa, el mundo empezaba a dar vueltas de forma muy alarmante. De manera que no giró la cabeza. Cerró los ojos y los mantuvo cerrados.

Su presencia había provocado un gran alboroto, pero ella lo ignoraba. Lo único que quería era que el mundo dejara de dar vueltas.

Al cabo de unas cuantas horas, el mareo desapareció. La elefanta abrió los ojos, miró a su alrededor y se dio cuenta de que no sabía dónde estaba.

Sólo sabía que una cosa era verdad:

El lugar donde estaba no era donde debía estar.

El lugar donde estaba no era el sitio al que pertenecía.